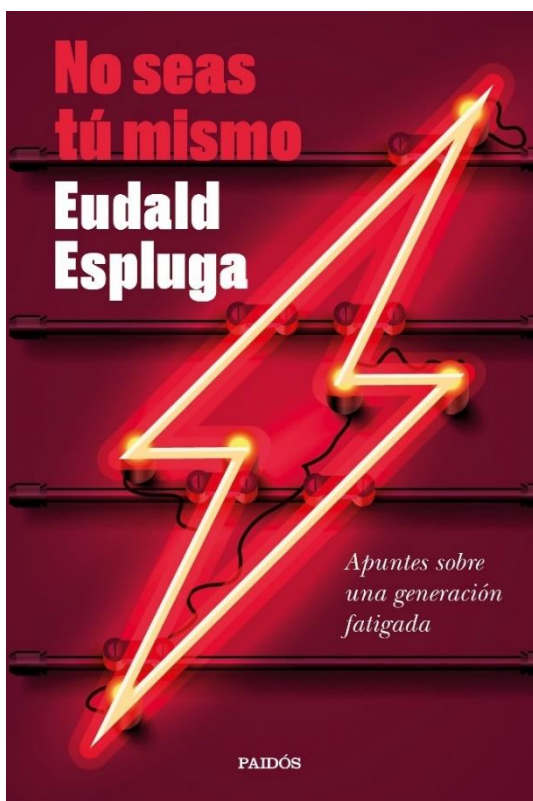


NO SEAS TÚ MISMO

Apuntes sobre una generación fatigada

EUDALD ESPLUGA



Cansados, fracasados, ansiosos, empresarios de sí mismos, narcisistas, precarios... ¿Cómo se define una generación gestada a la sombra de un capitalismo voraz?

El filósofo Eudald Espluga crea en *No seas tú mismo* un mapa de retales de una generación hastiada y sobreexpuesta a los discursos de autosuperación personal, que ha vivido cómo el capitalismo digital se le metía bajo la piel. A través de referencias populares y cotidianas, descubriremos que esa fatiga puede subvertirse y transformarse en una forma de resistencia al neoliberalismo.

Escritos en primera persona, estos apuntes son una invitación a cuestionar el individualismo hiperproductivo y emprendedor.

«El déficit de atención se ha convertido en un símbolo de un trastorno social de nuevo cuño, tan amplio en su alcance como ambiguo en su etiología. Lo que era una enfermedad clínicamente reconocida —y no menos discutida— ha pasado a ser un significativo vacío, un marco metafórico bajo el que recoger las experiencias de aceleración, hiperactividad, multitarea, distracción y procrastinación constante que asociamos con las plataformas digitales».

EUDALD ESPLUGA

Eudald Espluga (1990, Girona). Licenciado en Filosofía y Máster en comunicación y estudios culturales por la Universidad de Girona, actualmente trabaja como periodista cultural. Ha colaborado en medios como *ICON*, *El Salto*, *PlayGround*, *Vice*, *RAC1* o *Núvol*. Es autor de los ensayos *Rebeldes* (Lumen, 2021), *Las pasiones ponderadas* (Capitán Swing, 2015), *Mediterròniament. La catalanitat emocional* (Biblioteca del Núvol), escrito junto a Damià Bardera, y ha participado en el libro colectivo *Humanidades en acción*, coordinado por Marina Garcés (Raig Verd, 2019).

SUMARIO

No tengo treinta años y ya estoy casi roto: Una introducción

1. La condición millennial: Creatividad, pobreza y autodesprecio
2. En jaulas de purpurina: Del trabajador feliz a la frustración permanente
3. Tienes una nueva notificación: Fatiga y capitalismo de plataformas
 4. *Haber* si me muero: Malestar en la cultura de la autoayuda
 5. ¿Hacia una fatiga afirmativa?: Instrucciones para no hacer nada

Notas

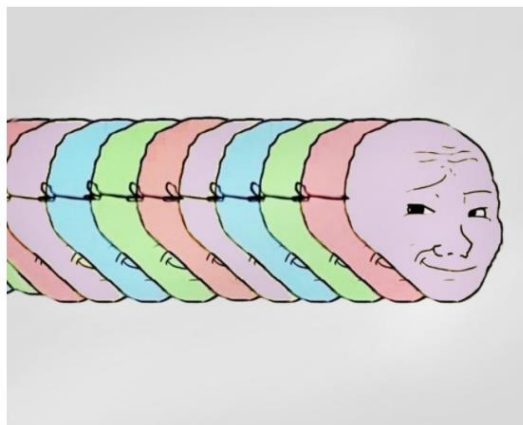
CURSO EN EL INSTITUTO DE HUMANIDADES DE BARCELONA (CCCB): FORMAS DE (DES)APARECER

Formas de (des)aparecer Identidad, afectos y capitalismo de plataforma

PRESENCIAL

Dirigido por: Eudald Espluga

A cargo de: Eudald Espluga, Berta Gómez Santo Tomás,
Marta Delatte



EXTRACTOS DE LA INTRODUCCIÓN

«Un año entero durmiendo, hibernando. Un año entero en blanco, narcotizada, sin aprender ni experimentar nada. La protagonista de *Mi año de descanso y relajación*, la aclamada novela de Ottessa Moshfegh, se pasa un año entero encerrada en un letargo psicofarmacológico gracias a una mezcla de ansiolíticos, somníferos, vodka y *blockbusters*. Su abulia no resulta de una decisión racional, de un acto de voluntad asumido en un momento de extrema lucidez. Por el contrario, su comportamiento ha de interpretarse más bien como la conclusión lógica e inevitable de un proceso que la excede, del peso muerto de la rutina cayendo contra su cuerpo, del sinsentido manifestándose en forma de agotamiento profundo.

¿Depresión? ¿Ansiedad? ¿*Burnout*? Igual que Bartleby, el personaje del cuento de Melville, que un buen día desiste de toda iniciativa, la narradora de Moshfegh prefiere simplemente no hacer nada. Renuncia a la vida activa y a las relaciones interpersonales sin que los lectores tengamos muy claro el porqué. Su decisión —¿podemos llamar “decisión” al abandono radical de la propia voluntad?— permanece en esencia inmotivada: solo sabemos que espera ser mejor persona.

[...]

Mal clasificada como novela existencialista, *Mi año de descanso y relajación* debería ser vista como uno de los mejores retratos del paisaje emocional de la generación millennial. En la novela no aparecen *selfies* ni *hípsters* comiendo aguacate en barrios gentrificados (ah, qué mal envejecen los tópicos generacionales); no se insinúan futuridades distópicas en las que la extracción de datos y la hipervigilancia biométrica funcionen como una nueva forma de totalitarismo; tampoco abunda en los clichés que los grandes medios se han obstinado en asociar con la etiqueta “millennial”: nihilismo, frivolidad, hedonismo, narcisismo, deslealtad, debilidad, egoísmo, tecnodependencia. Y sin embargo resulta imposible no leerla como una radiografía precisa de lo que el filósofo coreano Byung-Chul Han ha llamado, con enorme instinto comercial, “la sociedad del cansancio”: un sistema basado en la autoexplotación de la propia identidad que nos ha conducido a un estado depresivo de agotamiento estructural.

Es precisamente porque la novela funciona como manifiesto en favor de la docilidad radical, de la apatía militante, de la dejadez sistemática, que he querido empezar este libro hablando de *Mi año de descanso y relajación*: porque en lo que sigue defenderé, primero, que la fatiga debe ser vista como la figura fundamental de lo millennial y, segundo, que una suspensión total de la subjetividad como la que propone la novela de Moshfegh es la mejor respuesta ética, política y estética al imperativo productivista del capitalismo tardío».

pp 13-16

«No vivimos escindidos entre mundos diferentes, “uno *online*, conectado, y otro *offline*, desconectado” —como afirma Zygmunt Bauman—, sino que nuestra condición es poshumana, nos guste o no: «La tecnología es social y la sociedad es tecnológica», afirma Helen Hester.

Por lo tanto, reducir el debate generacional a la metáfora de la adicción hiperactiva a las redes, a la del mundosimulacro o a cualquier otra distopía digital no deja de ser una manera de empobrecer enormemente la discusión. Primero, porque resulta un mal análisis, o por lo menos uno muy rudimentario, en tanto que asume que la técnica discurre independiente al margen de lo humano, como una realidad artificial y espuria que viene a pervertir una supuesta esencia natural; segundo, porque como teoría crítica, como sociología de bolsillo, deja mucho que desear: basta con bajar a la calle para descubrir que la violencia inmobiliaria o la pobreza energética son fenómenos mucho más millennials que Pokémon Go o el *shitposting*.

La propuesta de Anne Helen Petersen de renombrar la “generación millennial” como la “generación quemada” apunta en la buena dirección: sin apartar la mirada de los cambios tecnológicos —el síndrome del *burnout* parece indisociable de las notificaciones de Gmail a las cuatro de la madrugada—, Petersen presta mucha más atención a cómo las dos grandes crisis económicas de 2000 y 2008, así como la reconfiguración de la economía mundial, han determinado nuestras posibilidades materiales y psicológicas. Y quizá deberíamos ir incluso más allá, pues reducir esta problemática a dos crisis puntuales, o a cambios recientes en la legislación laboral, nos puede hacer olvidar que se trata de una dinámica mucho más profunda.

En este sentido, Nick Srnicek acierta cuando caracteriza el “capitalismo de plataformas” como un fenómeno esencialmente socioeconómico: más que como actores culturales o políticos, debemos aprender a tener una visión de Facebook, Amazon, Google y demás empresas de Silicon Valley como actores económicos que siguen operando en un sistema de producción capitalista; es decir, como entes obligados a buscar “constantemente nuevos caminos para obtener ganancias, nuevos mercados, nuevas *commodities* y nuevos métodos de explotación”. En consecuencia, si el progreso tecnológico resulta fundamental para descifrar la esencia de lo millennial, no se debe a los filtros de Snapchat ni a los memes del *grumpy cat*, sino al hecho de que estos desarrollos nos permiten ser más eficientes y más productivos, y serlo durante más horas y con mayor flexibilidad».

pp. 18-19

«¿Qué implica hoy ver una serie de televisión sino un abundante trabajo cognitivo, inversión de tiempo, acumulación de capital cultural, ampliación de competencias y potencial networking? Cualquier forma de consumo cultural se codifica como un actualizarse constante e inabarcable, y nos compromete con la lógica racionalista y administrativa de la cultura managerial. Pensemos si no en aplicaciones como Goodreads, cuya oferta comercial —organizar, puntuar, monitorizar y agendar lecturas futuras— funciona en la práctica como una distopía archivística, el sueño deformado de un bibliotecario, la mala imitación de un cuento de Borges.

En esta situación, ¿cómo no querer ocultarse en los recodos del algoritmo? ¿Cómo suavizar el deseo de huir, de perderse en los pasajes —literales y figurados— de Instagram? Está claro que esta no es la única forma de consumo millennial de lo digital. No siempre nos acercamos al *feed* de Instagram como si fuese un no-lugar en el que ausentarnos a la vista de los demás, selva virtual en la que emboscarnos y desaparecer, pero sí creo que la experiencia fatigada que se expresa en esta imagen —tirado en la cama, espalda encorvada, luces de la habitación apagadas, bucle de repetición vacía— es lo suficientemente universal como para que discutirla y tratar de entenderla sea una tarea significativa».

pp. 31-32

«¿Puede la fatiga de sí llegar a ser una idea tan radical e incómoda como lo es en *Mi año de descanso y relajación*? La fatiga no como invitación a la desconexión temporal de las redes sociales o al retiro espiritual, no como el cansancio orgulloso que el ejemplar trabajador de sí exhibe como una medalla —“Estuve trabajando hasta las tres de la mañana”—, no como meme autocompasivo y contenido *relatable*; la fatiga, pues, como estado de postración que bloquea el discurrir cotidiano, que interrumpe, que rompe algo. [...]

Así pues, de aquí en adelante solo quedan preguntas. ¿Puede la fatiga de sí convertirse en la herramienta que rompa con el imperativo productivista del capitalismo de plataformas? ¿Sirve *Mi año de descanso y relajación* como experimento — literario y sin perspectiva de clase— de lo que podría ser el autoabandono radical, una dejación insolente que resquebrajara el discurso hegemónico del emprendedor? ¿Se puede organizar políticamente la indisposición, el no-hacer, sin acabar repitiendo un discurso nihilista, que niegue cualquier futuridad? Y todavía más importante: ¿puede esta negatividad sustraerse del ciclo capitalista de destrucción creativa o está inevitablemente condenada a servir como lubricante del sistema?»

pp. 35-36

Para más información y entrevistas:

Paloma Cordon
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
gduran@planeta.es